

SEMANA SANTA BILBAÍNA: TRADICIÓN HECHA REALIDAD

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA 2016

Víctor Pérez de Guezuraga

Señor Dean y Párroco de la Catedral de Santiago y Delegado diocesano para las cofradías.

Señor Canónigo del Cabildo Catedralicio.

Señor Presidente y miembros de la Hermandad de Cofradías Penitenciales de la villa de Bilbao.

Autoridades. Cofrades. Queridos amigas y amigos, bilbaínos todos.

Dignísimas autoridades, permítanme que salude a cofrades y bilbaínos recordando una de las citas más conocidas sobre nuestra Semana Santa, de nuestro ilustre bilbaíno Don Miguel de Unamuno, que ponen en situación lo que esta tradición representa en nuestra villa.

¡Quien pudiera para presenciar solemnidades de éstas y en días así, repletos de poesía, quien pudiera aniñarse de espíritu y recibir en el alma virgen y abierta a todo viento la impresión de la imagería de los bultos, fresca y chorreante de vida!

Por eso me atrevo a añadir, con humildad pero con firmeza, que en Bilbao tenemos una gran Semana Santa, y debemos estar orgullosos de ello. No en vano esta tradición está cercana a cumplir los cinco siglos de historia, por lo que me volvería atrever a afirmar que s.e.u.o. es la más antigua de las que se celebran en la villa.

Y por esto creo que es una enorme responsabilidad, a la vez que un orgullo, como bilbaíno y cofrade, ser su pregonero, lo cual asumo, créámelo, como uno de los retos más importantes de mi vida con el que nunca había soñado y al que, con franqueza, no pensé que tendría que enfrentarme.

Imagino que cuando la Hermandad de Cofradías Penitenciales de la villa de Bilbao decidió elegirme como pregonero, consideró mi conocimiento y vivencias experimentadas en tantos años de vida cofrade, que estoy convencido, también atesoran otros compañeros de las distintas cofradías que hoy están sentados oyendo este pregón. Tras haber asistido a muchos pregones durante bastantes años, siempre había apreciado que las diferentes personas ilustres que habían sido nominadas aportaban una visión desde sus distintos ámbitos profesionales, pero todas ellas desde sus experiencias personales vividas desde fuera.

Por esto considero un acierto que sea un cofrade, y en activo, el elegido para poder abrir con mayor solemnidad, si cabe, este acto que constituye el pórtico de nuestra Semana Santa, habiendo recaído en mí el honor de ser el representante de todos los cofrades bilbaínos. Doy las gracias por ello y les confieso que me encuentro profundamente emocionado. Me asola tan solo la duda de si un ingeniero dedicado a la actividad industrial será lo más apropiado, pero ustedes mismos tendrán la palabra a la conclusión de este pregón.

Tras esta reflexión personal quisiera empezar recordando lo que precisamente representa un pregón. Es un acto de promulgación en voz alta de un asunto de interés para el público y, particularmente, el acto con el que se inicia una celebración. Y yo añadiría, no hay celebración que se precie que no tenga un pregón, y sin embargo son contadas las celebraciones que lo tienen, en Bilbao que yo sepa solo dos, la Aste Nagusia y esta Aste Santua.

Me invaden muchas sensaciones, experiencias e ideas que trataré de glosar y transmitir de lo que realmente es y supone nuestra Semana Santa, de una forma que espero sea lo más ilustrativa posible. Acudiré a sus imágenes, mucho más expresivas que mis palabras, y a voces autorizadas que han expresado con acierto y hermosura inigualables, reflexiones referentes a esta celebración.

Hoy es el último lunes de Cuaresma, la que da paso a la gran semana, a nuestra Aste Santua. Y el corazón de Bilbao empieza a redoblar, aunque todavía en silencio pero con emoción contenida, porque ya tenemos a las puertas la semana de Pasión que, tras el gran silencio del Viernes Santo, dará paso a la Esperanza de la Resurrección.

La Semana Santa bilbaína es un acto sacramental al aire libre, sin duda el mayor que existe en Euskadi y en el norte de la península ibérica. Un drama que se celebra desde el siglo XVI. Una amalgama de pasos procesionales y de cofrades, exponiendo al público arte y teología de la obra más representada de todos los tiempos, como es el recordatorio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, en el mayor escenario en el que se convierten nuestras calles y plazas en estos días penitenciales.

Es el gran drama del mundo desde hace dos mil años y que, desde 1554, cada año se sigue conmemorando en nuestra villa, una ciudad moderna y llena de vida, que en esta semana aparca un poco su intensa actividad diaria para dar cabida y acogida a esta maravillosa celebración.

De aquellas iniciales cofradías, pocas y de carácter gremial, hoy se pueden encontrar hermandades compuestas por personas diversas en edad, condición social e incluso género. De aquellos primitivos pasos procesionales, algunos incluso con personajes reales, hoy se pueden contemplar tallas de madera de grandes imagineros de distintas escuelas, incluida la vasca. De aquellas ancestrales primeras procesiones, algunas en el interior de las iglesias, hoy se pueden admirar desfiles procesionales en los que participan gran número de cofrades. Y de todo ello puede disfrutar el pueblo de Bilbao, y no solo las bilbaínas y bilbaínos, sino incluso los foráneos que cada vez más nos vistan en esta época del año.

El brillo callejero y la hermosura de los pasos procesionando con sus cofradías es arte. Como decía Oscar Wilde,

“El arte no es algo que se pueda tomar y dejar. Es necesario para vivir”

Por eso precisamente podemos calificar a la Semana Santa de arte, también en nuestra villa. Porque sin duda, si no se hubiesen apreciado sus valores, su encanto, su tradición, en una palabra su aportación para que la vida de Bilbao fuera todavía más plena, probablemente ya estaría borrada de nuestra realidad urbana, y más teniendo en cuenta los años en los que experimentó su particular crisis, motivada principalmente por corrientes de opinión que la consideraban como algo obsoleto, trasnochado, fuera de lugar y soportado solo por sectores de la sociedad muy tradicionalistas.

Pero gracias al esfuerzo de los cofrades de las distintas hermandades bilbaínas, ese periodo, que por cierto no duró mucho, se superó satisfactoriamente. Triunfaron sus valores como la religiosidad, el fervor y la devoción, en una sociedad precisamente con crisis de valores, si se quieren diferentes, pero también valores, como el sacrificio, el esfuerzo y la responsabilidad. Por eso, ambas, Semana Santa y sociedad, confluyen para tratar de llevar a todos mensajes de igualdad, justicia y solidaridad, tan necesarios, y más en los tiempos actuales.

Y esto solo es posible gracias al trabajo coordinado y en equipo de todos los actores que intervienen, y en concreto en la Semana Santa, de las cofradías y sus cofrades. Pero no solo de ellos, sino también de instituciones aquí representadas, obispado, ayuntamiento, iglesia y otros organismos en general, que con su apoyo contribuyen a mantenerla viva, muy viva diría yo, en Bilbao.

Retrotrayéndome a mi tierna infancia, en la que desde muy niño viví con devoción esta tradición, algunas palabras se entremezclan y forman parte de mi particular, pero seguro por muchos compartido, diccionario de bilbaíno en Semana Santa: La Vera Cruz, los capuchones, El Borriquito, las palmas, las Cortes, el terciopelo, el Silencio, Vía crucis, Begoña, San Antón y la Gran Vía, entre otras. Todas ellas me traen a la memoria recuerdos relativos a aspectos que en ese momento eran referentes para mis vivencias como hijo de cofrade.

A mi padre siempre le oía hablar de la Vera Cruz, la cofradía decana que organizaba las procesiones llamadas generales de la Semana Santa, la del Jueves y Viernes Santo, en las que salían muchas personas con capuchones y todos los pasos a la calle, almacenados, dicho sea de paso, donde buenamente se podía, primero en el anexo a medio construir de la iglesia del Corpus Christi, en Indautxu, junto a mi casa, y después en el antiguo caserón de la cuesta de Miraflores, en Atxuri.

Pero antes estaba la procesión del Borriquito, la única matinal en aquel entonces, el domingo de Ramos, día de celebración donde lo hubiere pues estrenábamos ropa nueva y todos llevábamos una palma, comprada eso si en alguna de las cesterías de La Concordia. Era tal la admiración infantil que despertaba, que durante algunos años recorrió el parque de Doña Casilda concluyendo en su pérgola, haciendo realidad las palabras de Jesús:

“Dejad que los niños se acerquen a mí”

Al día siguiente, Lunes Santo, saltábamos a la noche, la procesión de Las Cortes, la del Nazareno, prohibida para los más pequeños, tanto para contemplarla como para procesionar, pues se iniciaba a las 11 de la noche y terminaba de madrugada. Era la procesión a la que todos queríamos asistir, sin duda por el morbo del recorrido, pues pasaba por la Palanca, pero ni nuestros padres ni la junta de gobierno de nuestra cofradía nos dejaban participar. No podíamos ver al Cristo de Medinaceli, el de la peluca, portado por los cofrades de morado, los del terciopelo, y al que le cantaban saetas en un ambiente sobrecogedor, con todos los locales de alterne cerrados y sus luminosos apagados.

Otra procesión, para muchos la gran desconocida y distinta a las demás, era la del Silencio, en la madrugada del Viernes Santo, organizada entonces por la cofradía de Begoña. Entremezclados público y cofrades, se visitaban las parroquias del Casco Viejo donde estaban expuestas las custodias del Santísimo. La verdad es que no era tan atrayente, había que madrugar y no había ni pasos ni música, lo cual la convertía en otra procesión para más mayores, en las que muchos cofrades portaban pesadas cruces penitenciales.

A su conclusión, y sin tiempo para el descanso, se iniciaba el Vía crucis a Begoña para hacer sus catorce estaciones. Había que subir las escalinatas de las Calzadas de Mallona hasta la basílica de la Virgen, de nuestra amaxu, donde siempre esperaba puntual a la cita el señor obispo, quien concedía a todos los asistentes la indulgencia plenaria y eximía del ayuno exigido para ese día. Eso suponía que tras el Vía crucis todos podíamos comer chocolate con churros para reponer fuerzas para la tarde.

Y es que en la tarde del Viernes Santo, el día grande de la Semana Santa, viernes también como en la Aste Nagusia, tenía lugar la gran procesión, la del Santo Entierro, la que conectaba el Bilbao antiguo con el ensanche más nuevo. Partía de San Antón y tras recorrer la Ribera ascendía por el puente del Arenal, antiguamente llamado de La Victoria, hasta embocar la Gran Vía, donde estábamos apostados en las aceras, los pequeños en el suelo y los mayores de pie, tras los privilegiados que estaban sentados en las primeras filas de sillas que se colocaban para recaudar fondos para la casa de Misericordia y poder contemplar mejor la procesión, en la que por cierto participaba su banda de música, integrada por los niños acogidos en ella. Y los que éramos niños, pero del público, sentíamos admiración porque eran tan pequeños como nosotros pero tocaban instrumentos, y decíamos:

“Ya vienen, ya se les oye”.

También desfilaban otras bandas, pero esas quizá no nos llamaban tanto la atención aunque si impresionaban, como la banda de Garellano, del cuartel sito en aquel entonces en la calle Luis Briñas, en Basurto, y por supuesto la banda municipal que siempre cerraba la procesión. Y es que las bandas daban colorido y musicalidad a una procesión sobria pero solemne, y de hecho algunas cofradías que no disponían de banda contrataban músicos, eso sí que procesionaban con sus hábitos como si fueran unos cofrades más.

Nuestra Semana Santa, catequesis viviente y sermón fascinante del asombroso misterio del cristianismo, de la Pasión y Muerte, del dolor de Dios hecho hombre, que concluye con su Resurrección, ha seguido evolucionando, manteniendo su esencia pero incorporando novedades y adaptándose a los tiempos actuales, obligados algunos de ellos por el desarrollo de nuestra urbe.

Y un buen ejemplo de ello es nuestro moderno tranvía, que, debido a su trazado por la citada calle Ribera, ha motivado que las procesiones del Jueves y Viernes Santo no puedan iniciarse en la iglesia de San Antón y sus alrededores del mercado de la Ribera, donde se apostaban todas las hermandades, pasos e imágenes, habiéndose trasladado a la iglesia de los Santos Juanes sede la cofradía de la Santa Vera Cruz.

Sin embargo, anécdotas o realidades al margen, la Semana Santa sigue teniendo su encanto, sobre todo para los que somos de aquí, y digo de aquí porque muchas personas de municipios próximos, en algunos de los cuales se celebraba esta tradición y desgraciadamente ha desaparecido, como Baracaldo, Gernika y Durango, se acercan puntuales a la cita a Bilbao para poder disfrutar de ella en cualquier lugar indefinido de la ciudad, en el que suenan de fondo trompetas de llave, clarines y unas baquetas de madera redoblando sobre tambores.

Para todos los que por algún motivo no la hayan podido vivir antes, no necesitan más del recuerdo. Hoy también pueden apreciar el caminar lento de los cofrades por el centro de nuestras calles, portando pasos a hombros como a la antigua usanza, e interpretando composiciones musicales de gran belleza y armoniosidad que, cuando discurren por las calles angostas de nuestro Casco Viejo, en cuyo epicentro está esta magnífica catedral del Señor Santiago en la que nos encontramos, rebotan su manifestación de fe en los cristales de los miradores y ventanas y en las piedras históricas con las que fueron labradas nuestras iglesias.

Así ocurre en las procesiones más recogidas de La Piedad, en la tarde noche del Martes Santo, que parte desde San Nicolás de Bari, sede de la Cofradía de Nuestra Señora de la Merced, o la del Encuentro, el Miércoles Santo, que concluye en la Plaza Nueva con el emotivo encuentro de María, Nuestra Señora de la Soledad, con Jesús, El Cristo de la Villa, en presencia de su discípulo amado, San Juan.

Pero esta sensación también se contagia a otros templos sitios en otras zonas también muy bilbaínas, como el de la Quinta Parroquia en San Francisco, o los de San José de Montaña y San Vicente Mártir en Abando. Precisamente en éste tiene su sede la cofradía de La Pasión que vio la luz en la Semana Santa de 1941 y está conmemorando el 75 aniversario de su fundación. Es la segunda cofradía más antigua de la villa, y en 1959 se fusionó con la Cofradía de Las Palmas con sede en el mismo templo.

Suya es la organización de la procesión de la Virgen de los Dolores, que abre la Semana Santa, además de la ya citada de El Borriquito, y posee un importante patrimonio destacando el Ecce Homo, paso de misterio, y obra maestra del escultor santurtziarra Ricardo Iñurria, que ilustra el cartel anunciador de la Semana Santa de este año.

Y es que era tal el boom penitencial en la villa que tras la postguerra surgieron más cofradías, varias de ellas en el seno de los colegios de mayor solera situados en el ensanche bilbaíno, en Abando e Indautxu. Así nacieron la de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, popularmente la de los Escolapios, en el colegio San José de Calasanz, en Alameda Recalde; la Penitencial del Apóstol Santiago en el colegio del mismo nombre de los Hermanos de La Salle, hoy desaparecido, junto a la Alhóndiga; y la de la Santa Eucaristía, la conocida por Jesuitas, en el colegio de Nuestra Señora de Begoña en Doctor Areilza. Y también otras como la Hermandad de los Cruzados Eucarísticos, inicialmente como una filial de la Vera Cruz, en el convento de la Esperanza, y las ya citadas de Nuestra Señora de la Merced, la Real Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y la Hermandad Penitencial de Nuestra Señora de Begoña.

Algunas otras de esa misma época no sobrevivieron y desaparecieron, como la de Ecce Mater Tua, conocida como la de los Luises, en la Iglesia de la Residencia, o la de San Francisco de Asís, la de los Franciscanos de Iralabarri, en la Iglesia de San Antonio de Padua, la de mi padre y la que me inspiró mi sentimiento cofrade desde niño.

Todas ellas han ido contribuyendo al mayor esplendor de nuestra Aste Santua, con más procesiones y más pasos e imágenes que completan todas las escenas relevantes de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, desde el Viernes de Dolores hasta el Domingo de Resurrección, es decir, desde el dolor de la madre, fielmente reflejado en la Virgen de los Dolores, hasta la esperanza y la gloria de la resurrección de su hijo, en las figuras de María Santísima de la Esperanza y de Nuestro Padre Jesús del Amor.

Y en medio se aglutinan otras muchas advocaciones: amargura, caridad, piedad y soledad, todas ellas con la Virgen María como protagonista expresando el amor de la madre por su hijo, bien representadas en la villa en imágenes que son verdaderas joyas de la imaginería, algunas muy destacadas como las citadas Nuestra Señora de la Soledad, de Raimundo Capuz, del siglo XVII, o Nuestra Señora de la Piedad, de Juan Pascual de Mena, del siglo XVIII, junto con las de Nuestra Señora de la Amargura y Nuestra Señora de la Caridad, y a las que en sus procesiones titulares se les tributa el canto de la Salve.

Pero hay otros trances de esta historia de pasión y de dolor de Jesús que los imagineros también dejaron plasmados. Así podemos volver a contemplar la soledad en la Oración del Huerto, de Quintín de Torre. O la más profunda de abandono, en la cruz, en la imagen más antigua, El Cristo de la Villa, de Juan de Mesa, de 1590. O la compasión esculpida por Iñurria en Los Azotes que se une al dolor físico de la flagelación.

Escribió la madre Teresa de Jesús que su conversión se había producido mirando a un Cristo atado a la columna, muy llagado y que le espeluznaba. Y nos invitaba a gozar de la mirada del Señor, de sus ojos, y decía:

“Miraros en él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores para consolar los vuestros, sólo porque os vais con Él a consolar y volvéis la cabeza a mirarle”

Esa sensación se puede experimentar mirando a la imagen compasiva de Jesús atado a la columna, que procesiona en la tarde del Jueves Santo.

Pero también hay otras expresiones presentes en la villa, como la del perdón, patente en el Santísimo Cristo del Perdón, otra de nuestras imágenes más antiguas del siglo XVII, o la de la humildad, reflejada en el Santo Cristo del mismo nombre. Imágenes todas que nos miran desde sus iglesias, y que a pesar de ser de madera parece como si tuvieran alma, gracias a la genialidad de sus imagineros. Decía Pablo Neruda, como si estuviera pensando en cualquiera de estas imágenes:

“Yo crecí dentro de un árbol, tendría mucho que decir, pero aprendí tanto silencio que tengo mucho que callar”

Y es que así se manifiesta la misericordia de Dios, una advocación no representada como tal en nuestras procesiones, pero que inunda toda nuestra Semana Santa y que bien pudiéramos asociarla al paso del Calvario, que representa a Jesús crucificado con su madre y el discípulo amado en los últimos momentos de su vida, cuando pronuncia las palabras:

“Ecce Mater Tua”

O al grandioso paso de la Tres Cruces, que representa a Jesús escoltado por los ladrones, cuando dirigiéndose al buen ladrón le dice:

“En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso”

Todos estos pasos de misterio se encuentran expuestos en el Museo de Pasos de Semana Santa, en la antigua burrería de Iturribide, emplazamiento idóneo del que Bilbao puede enorgullecerse, gracias a la contribución decidida que en 2001 hizo el ayuntamiento y la diputación foral, para disfrute y admiración durante todo el año, de estos magníficos grupos escultóricos, los bultos según terminología unamuniana.

Esta es nuestra Semana Santa. Esta es la Semana Santa bilbaína que tenemos el orgullo de transmitir a nuestro pueblo y a los que nos acompañan en estas fechas tan entrañables, y este año especialmente en el Año Santo de la Misericordia. Gracias a nuestras cofradías y hermandades penitenciales podemos seguir viviendo, reviviendo, contemplando, admirando y proclamando este misterio de dolor, y también de amor en la villa. Y a ellas les debemos el legado, la conservación y la renovación de tan bello patrimonio.

Como se dice en el mundo de la empresa hay que pensar en global y gestionar en local. Esto es precisamente lo que hacen las cofradías bilbaínas. La Semana Santa se celebra en multitud de pueblos y ciudades de la amplia geografía del estado, cada una con sus particularidades. Y lógicamente se celebra a la vez en todas ellas.

También en Bilbao, con nuestras especificidades y tradiciones, siguiendo nuestra propia idiosincrasia y nuestra propia identidad como pueblo. Sobriedad, austeridad, seriedad, lealtad, fidelidad, compromiso y trabajo, son algunas de las palabras que mejor nos definen. Y éstas son las que caracterizan también a nuestra celebración aquí, en la villa de Bilbao, que requiere entrega, tiempo y preparación, no solo durante estos días, y para salir en las procesiones, que es algo que dicho con sinceridad merece la pena, sino durante todo el año.

Y es que quizás muchos lo desconozcan, pero sin embargo es lo más importante, las cofradías trabajan ayudando a los que lo están pasando peor en la sociedad, también dentro de las cofradías, con hermanos necesitados, en paro o con enfermedades, o colaborando al mayor esplendor de otras celebraciones como la del Corpus Christi.

En una palabra, contribuyendo a mejorar el bienestar de conciudadanos nuestros y también al mayor reconocimiento de Bilbao, con su aportación humilde pero generosa, siempre ahí para lo que se requiera. Por eso no soy yo el más indicado para reconocer, pero si para pregonar, muy alto y claro, lo mucho que Bilbao debe a estas asociaciones de fieles.

De esta forma nuestra Semana Santa siempre se podrá identificar no solo con tradición sino con modernidad, no solo con historia sino con desarrollo, no solo con rutina sino con progreso. Y todo ello sin querer competir con ninguna otra celebración de cualquier lugar hermano. Solo con el ánimo de situar a nuestra villa como referente, también en esta faceta.

Cuando el 15 de junio de 1300 Don Diego Lopez de Haro, mediante la Carta Puebla fechada en Valladolid, precisamente en una ciudad de gran raigambre semanastera, proclamó, en el nombre de Dios y de la virgen bienaventurada Santa María, la fundación de la villa de Bilbao en la orilla derecha de la ría del Nervión, en terrenos de la anteiglesia de Begoña, le otorgaba su poderío comercial como paso obligatorio del comercio de Castilla hacia el mar.

Ahora, más de 700 años después, luchamos por mantener esta hegemonía, en condiciones diferentes, más adversas, en un mundo globalizado y tecnológico. Y en medio de él está la Semana Santa, capaz de iluminar nuestras calles con velas y que ha acompañado a Bilbao durante dos tercios de su historia, sin obligaciones, sin falsas tradiciones inventadas, sin ataduras. La conmemoración de la Pasión de Cristo se remonta a hace tanto tiempo que parece muy difícil que nada la amenace.

Y en su corazón histórico se encuentra esta magnífica Santa Iglesia Catedral Basílica de Santiago, construida en el último cuarto de siglo XIV, y que obtuvo el rango de Basílica Menor en 1819, habiendo sido declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad dentro de los Caminos de Santiago.

El patronazgo del apóstol en la villa se remonta a finales de 1643, cuando bajo la presidencia del alcalde Fernando de Taborga se oficializó este nombramiento, y quizás pocos sepan que existió una cofradía, tal como se cita en el acuerdo de nombramiento del Concejo de la Villa de Bilbao que dice textualmente:

“La más antigua Cofradía de Bilbao fue también la del Apóstol Santiago y en ella se integraron principalmente los maestros capitanes de nao y mercaderes de la Villa ...”

Fue una cofradía no de tipo penitencial, pero que evidencia el carácter piadoso de las personas que en aquellos años poblaban nuestra villa, y que se mantiene en nuestros días.

Por todo esto nuestra Aste Santua ha sido propuesta para ser declarada Bien Cultural Calificado, tras casi medio milenio uniendo arte y emoción, creencias y sensaciones, y en la que la Hermandad de Cofradías penitenciales de la villa de Bilbao, con Manu Urrechaga a la cabeza, y las cofradías que la componen, siguen trabajando imparablemente para conservar una antigua tradición encajándola perfectamente con la modernidad de nuestra ciudad en el siglo XXI.

Pero siempre habrá dos elementos que nos caracterizarán, el mar, a través de la ría, y nuestro clima que siempre asociamos a la lluvia y está presente durante bastantes días del año y muchas veces, quizá demasiadas, ha sido protagonista no deseada en Semana Santa impidiéndonos salir a la calle.

Quiero terminar este pregón, recordando una cita del que fue un gran defensor de nuestra Semana Santa, el alcalde Iñaki Azkuna, quien entre otros muchos testimonios, dejó plasmado uno muy relevante en el libro de la Historia de la Cofradía Penitencial del Apóstol Santiago titulado *“PASIÓN POR SANTIAGO. MEDIO SIGLO DE ESPERANZA. 1947 - 1997”*, editado con motivo de su cincuentenario, que decía:

“La Semana Santa con sus Cofradías y su valiosa imaginería, forma parte del paisaje de Bilbao, desde antaño. Debe ser un acto de fe para los creyentes, y de respeto para los que no lo son.”

Sigamos contribuyendo todos a que esta magnífica reflexión sea una gran realidad en la villa y a que nuestra Semana Santa nos induzca a creer, para que tanto el espíritu practicante como el indiferente no tengan más remedio que unirse, aunque sea solo unos segundos, en la admiración y en el recogimiento, cumpliéndose así uno de los lemas que mejor reflejan la realidad cofrade:

“Lo bueno va por dentro. La Semana Santa ocupa tu lugar.”

Esta es su grandeza.

Buena y feliz Semana Santa para todos. Y sabed que contáis conmigo para lo que necesitéis.

Muchas gracias.